

Un Brusco Despertar

Por MARÍA JOSÉ MONGE GONZÁLEZ

El General dormía plácidamente y estaba soñando. No era el sueño de la razón, pues ya dijo Goya que “el sueño de la razón produce monstruos”. No, este era un sueño feliz. Soñaba el General con los buenos tiempos en los que él era el jefe de las Fuerzas Armadas y el Presidente de su país. Había llegado al poder después de derribar a un gobierno democráticamente constituido y después de traicionar al Presidente que lo había nombrado. Poca cosa, en realidad, comparada con la gloria que él se encargó de instaurar en su país y con los honores que él mismo se asignó.

Para llegar a ello, necesitó también bombardear y matar. Pero ¿Qué importaba? ¿Qué importaban Víctor Jara y tantas otras personas anónimas, muertas como él en un campo de fútbol? ¿Y Pablo Neruda, que murió de pena, lo mismo que muchos más? ¿Y los periodistas, los jueces, magistrados, abogados, profesores, obreros, estudiantes, los hombres y mujeres que desaparecieron y murieron después de haber sido torturados? Hubo hasta algún norteamericano muerto, tiene gracia la cosa, con lo que los americanos ayudaron al General.

El General seguía soñando. En su sueño sólo se veía a sí mismo como conductor máximo de los destinos de su pueblo. ¡Qué felicidad! Pero, el sueño se interrumpió bruscamente y el general se despertó. Mejor dicho, fue despertado avasallándose “los más elementales principios de los derechos humanos” según sus abogados. Ahora, había vuelto a la realidad, ya no estaba en su país; estaba muy lejos, en un hospital de lujo en Londres y unos oficiales de Scotland Yard le comunicaban que a partir de ese momento se encontraba detenido por una acusación de crímenes contra la humanidad. ¡Qué duro despertar para él y qué sueño tan bonito empezó entonces para otros!

Miles de familias de esos muertos y desaparecidos sintieron una “miguita” de esperanza. Tanto dolor, tanto sufrimiento, tantas vidas irremediadamente rotas, tantas lágrimas y apretones de labios, tanto vivir en la pena y no poder más, tanto odio y rencor esparcidos por el alma, tanto querer perdonar y olvidar, todo ello frente a este General

que fue despertado sin contemplaciones y ahora aguarda a ver qué sucede. ¿Qué estarían haciendo todos aquellos chilenos y no chilenos cuando fueron detenidos? Me imagino que también dormían o hablaban o amaban. No creo que estuvieran tomando café tranquilamente mientras los venían a detener. Pero su despertar más que brusco fue trágico: el furgón, el centro de detención, el olvido, la tortura, la muerte...un negro agujero y nada más.

Es difícil que el General sea juzgado algún día. Hay muchos intereses políticos y económicos en juego y no demasiada voluntad de hacer justicia a pesar del empeño de algunos jueces. Además, las democracias, al contrario de sus verdugos, son magnánimas y perdonan por causas



A todo cerdo le llega su San Martín

humanitarias como pueden ser la enfermedad o la edad. Sin embargo, ¿Se puede olvidar? ¿Podrán olvidar algún día los familiares de las víctimas?

Llegado a este punto, déjeme decirle una cosa, señor General, ¿Se da usted cuenta de la ocasión que se le presenta? La gran ocasión de pedir perdón, de arrepentirse siquiera sea de palabra de algunas de sus acciones. Pedir perdón para que el pueblo pueda reconciliarse consigo mismo y con su pasado. Ya sé que es más que probable que usted no exprese jamás el más mínimo sentido de culpabilidad y que escape al juicio de los humanos. Sin embargo, recuerde que la justicia de Dios es lenta pero implacable y no podrá sustraerse a ella; le llegará el momento de dar cuenta de sus actos. Algo tan cristiano como el arrepentimiento y el pedir perdón serían lo mínimo para no seguir ensuciando la memoria de aquellas víctimas inocentes y para no seguir escandalizando a los que nos sentimos miembros, quizá indignos y desde luego humildes, de la cristiandad.

Piense en ello, mi General. Y mientras tanto, duerma y siga soñando, pero un sueño distinto: el sueño de la razón.